

Aunque célebre, es una mujer difícil de conocer. Es patricia, si bien accesible. No es una intelectual, pero ha aprendido a manipular «dossiers» tan complicados como los del SALT... En cierto sentido, todo y nada la destinaba a ese puesto que hoy ocupa. Su «superego» materno parece haber sido tan dominante como el paterno. Nacida en Nueva York en 1917, hija del banquero y filántropo Eugene Meyer y de Agnes-Elisabeth, escritora, militante de los derechos cívicos sin ser, empero, sufragista, la pequeña Katherine no se limita a leer a Thomas Mann, sino que lo conoce personalmente en casa de sus padres, junto a Claudel y cien astros más del universo literario. El principio que han de seguir los hijos del matrimonio Meyer es el de que «no hay que comportarse como hijos de papá, sino que cada cual debe hacer algo positivo». Katherine Graham: «Nunca se me pasó por la cabeza la posibilidad de no tener que trabajar». Existe a este respecto cierto paralelismo con los Kennedy, aunque no puedan compararse las fortunas de unos y otros, y los Meyer no tengan tan inculcado como los Kennedy el gusto del poder. Katherine Graham realiza los típicos estudios de una hija de millonario de la costa Este: Universidad de Vassar, equivalente femenino de Princeton. Sin embargo, Katherine se decidirá algo más tarde por un «campus» menos «snob», más «estimulante», y continúa sus estudios en Chicago. Allí se embebe de New Deal rooseveltiano. En el año 1938, Katherine Graham se lanza al periodismo, en la costa Oeste, en California; comienza ocupándose de la crónica de sucesos.

En 1933, su padre compra el «Washington Post» por 875.000 dólares. Katherine se traslada a Washington para trabajar en la administración del periódico. En 1940, contrae matrimonio con Philip Graham, diplomado del Instituto de Derecho de Harvard. Este último, desmovillado en el año 1946, se entiende muy bien con su suegro, quien le vende el «Post» por... un dólar. La compañía se traga a un competidor, el «Times-Herald», por 8.499.000 dólares más, y en 1961 absorbe al «Newsweek» por algo menos. Katherine se convertirá así en una gran señora, buena esposa y conocida anfitriona, cuyo salón es uno de los más frecuentados de Georgetown; su único deber: ocuparse de sus hijos. Más de veinte años vivirá Kathe Graham retirada de toda actividad pública. Hasta que su marido, un hombre brillante, pero sujeto a continuas depresiones, termina suicidándose en 1963. El historiador Arthur Schlesinger describe cómo a sus cuarenta y seis años, Katherine Graham empuñó el timón del barco, preocupada, pero de ningún modo indecisa: «Estudió las operaciones, hizo preguntas, consultó a su estado mayor y a

viejos amigos, como James Reston y Walter Lippman». Katherine sabe rodearse de colaboradores profesionales y muy distintos entre sí. No es todo dulzura, a pesar de su cortesía; fiel a las brutales tradiciones de la prensa americana, Kathe Graham sabe también despedir a los que no le interesan sin dar ninguna indemnización. Le gustan los profesionales que trabajan con autonomía: «En este oficio hacen falta hombres inteligentes y dotados de una gran apertura de espíritu. Sé que todos aquellos a los que respeto no aceptarán imposiciones que vengan de arriba». No le importa pagar bien a los periodistas, pero está a años/luz de la autogestión o de las sociedades de redactores. Como tampoco cree en la capacidad de los estudiantes para gobernar sus Universidades. Está empeñada en una lucha constante con los sindicatos de tipógrafos. Es una mujer, sin duda, poderosa, aunque pueda permitirse el lujo de no parecerlo.

Curioso «boomerang»

Mientras el «Post» continuaba sus investigaciones en torno al Watergate, Katherine Graham se veía condenada a un ostracismo casi absoluto para algunos grandes de Washington. Un hombre, Henry Kissinger, le sigue siendo fiel, a pesar de que la Casa Blanca se niegue a recibir a los periodistas del «Post», trate por todos los medios de arrancarle a Mrs. Graham sus emisoras de televisión e insulte continuamente a sus periodistas. Kissinger no acude a las recepciones oficiales del «Post», pero cena con Mrs. Graham. Y no trata de ocultárselo a nadie. A veces, Kissinger confía a Katherine sus propias dudas. Katherine dice que los Estados Unidos debieron desentenderse mucho antes de Vietnam. Si Henry se queja de los chismes del «Post», Katherine le envía a hacer gárgaras. Son las reglas del juego. En Kissinger, ella admira «esa facultad de equilibrar tantas cosas, de trabajar con un Presidente que no puede soportar a los intelectuales, esa mezcla de independencia y de fidelidad». En abril de 1974 afirmará, a propósito de Kissinger: «Tenemos la suerte de que esté en el Gobierno». Curioso «boomerang»: Kathe conoció a Henry gracias a Nixon; en 1968, cuando ése fue nombrado consejero especial del Presidente, Nixon telefoneó a Katherine Graham para pedirle que invitara a comer al recién llegado a la Casa Blanca. Kathe aceptó complacida.

En la bullidora historia de la prensa americana hay de todo, desde megalómanos al estilo de William Randolph Hearst, modelo de Citizen Kane, hasta tipos concienzudos e impregnados de civismo, como Katherine Graham. ¡Citizen Kathe! ■ O. T.

